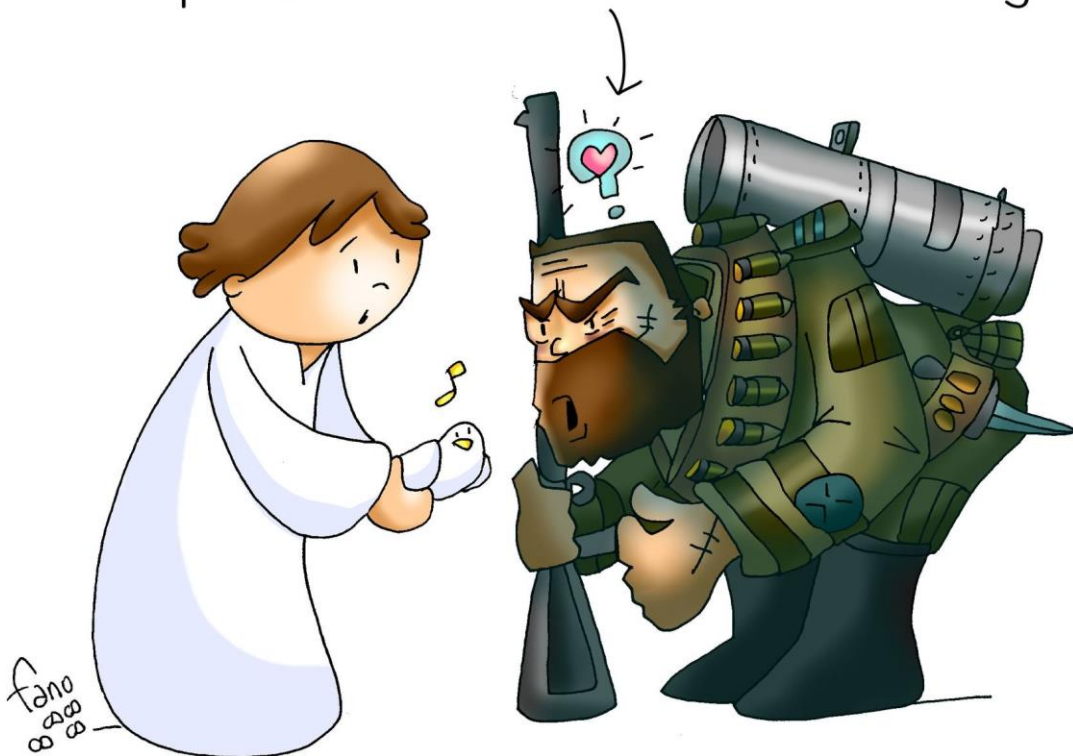




LECTIO DIVINA

VII semana del tiempo ordinario
Del 23 de febrero al 01 de marzo de 2025

que el amor cuestione al enemigo



Oración introductoria

Dame, Señor, tus oídos para escuchar la voz del Espíritu Santo en esta oración.

Dame, Señor, tu Sagrado Corazón para amar como Tú amas y no como yo a duras penas puedo.

Petición

Te suplico que mi oración me llene de confianza, no en mi esfuerzo o virtud, sino en tu inmensa misericordia, en tu compasión para conmigo y en tu gracia que hace que todo sea posible.

Lectura del primer libro de Samuel (1 Sam. 26,2 7-9.12-13.22-23)

En aquellos días, Saúl emprendió la bajada al desierto de Zif, llevando tres mil hombres escogidos de Israel, para buscar a David allí. David y Abisay llegaron de noche junto a la tropa. Saúl dormía acostado en el cercado, con la lanza hincada en tierra a la cabecera. Abner y la tropa dormían en torno a él. Abisay dijo a David: «Dios pone hoy al enemigo en tu mano. Déjame que lo clave de un golpe con la lanza en la tierra. No tendré que repetir». David respondió: «No acabes con él, pues ¿quién ha extendido su mano contra el ungido del Señor y ha quedado impune?». David cogió la lanza y el jarro de agua de la cabecera de Saúl, y se marcharon. Nadie los vio, ni se dio cuenta, ni se despertó. Todos dormían, porque el Señor había hecho caer sobre ellos un sueño profundo. David cruzó al otro lado y se puso en pie sobre la cima de la montaña, lejos, manteniendo una gran distancia entre ellos, y gritó: «Aquí está la lanza del rey. Venga por ella uno de

sus servidores. Y que el Señor pague a cada uno según su justicia y su fidelidad. Él te ha entregado hoy en mi poder, pero yo no he querido extender mi mano contra el ungido del Señor».

Salmo (Sal 102, 1bc-2. 3-4. 8 y 10. 12-13)

El Señor es compasivo y misericordioso.

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R.

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. R.

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. R.

Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen. R

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (Cor. 15, 45-49)

Hermanos: El primer hombre, Adán, se convirtió en ser viviente. El último Adán, en espíritu vivificante. Pero no fue primero lo espiritual, sino primero lo material y después lo espiritual. El primer hombre, que proviene de la tierra, es terrenal; el segundo hombre es del cielo. Como el hombre terrenal, así son los de la tierra; como el celestial, así son los del cielo. Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 6, 27-38)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo. Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida que midiereis se os medirá a vosotros».

Releemos el evangelio

San Carlos de Foucauld (1858-1916)

ermitaño y misionero en el Sahara

Meditaciones sobre el Evangelio (Œuvre spirituelle, Anthologie, Seuil, 1958), trad. sc@evangelizo.org

“No juzguen y no serán juzgados” (Lc 6,37)

“No juzguen y no serán juzgados” (Lc 6,37). ¡Cuánto ama a los hombres, Dios mío, que prohíbe a los hombres de juzgar y se reserva

a Usted su juicio, al único Padre, al único Maestro, al único Juez!
¡Cuánto ama a los hombres, que quiere que se amen tanto unos a otros y les da el mandamiento de mantener entre ellos una estima mutua, madre del amor, y así se amen unos a otros!...

¡Qué bueno es Señor! Quiere tanto unirlos a usted, desarrollar en ellos su Amor, que les da el mandamiento apropiado para establecer en ellos su Amor. Como él suaviza su corazón y les impide de tener amargura con los hombres, los hace más suaves con Usted, ya que sólo tenemos un corazón, amargo con todos o suave con todos. Desviando su atención de los actos de los otros hombres al prohibirles de juzgarlos, les da facilidad para llevar toda su atención, sus miradas, su contemplación y todo su amor, sólo a Usted.

No juzguemos. Obedezcamos esta palabra de Jesús y otras semejantes... porque no tenemos el derecho de juzgar “¿Quién eres tú para criticar al servidor de otro?” (Rom14, 4). Por bondad, tengamos el corazón manso, suave, sin amargura. Ese corazón es indulgente, desvía los ojos del mal. La caridad no se queda reflexionando sobre el mal: ella cree todo, espera todo (cf. 1 Cor 13,7).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús no nos invita a un amor abstracto, etéreo o teórico, redactado en escritorios y para discursos. El camino que nos propone es el que Él recorrió primero, el que lo hizo amar a los que lo traicionaron y juzgaron injustamente, a los que lo habrían matado. Es difícil hablar de reconciliación cuando las heridas causadas en tantos años de desencuentro están todavía frescas o invitar a dar ese paso de perdón que no significa ignorar el dolor o pedir que se pierda la memoria o los ideales.

Aun así, Jesús invita a amar y a hacer el bien; que es mucho más que ignorar al que nos hizo daño o hacer el esfuerzo para que no se crucen nuestras vidas: es un mandato a una benevolencia activa, desinteresada y extraordinaria con respecto a quienes nos hirieron. Pero no se queda allí, también nos pide que los bendigamos y oremos por ellos; es decir, que nuestro decir sobre ellos sea un bien-decir, generador de vida y no de muerte, que pronunciemos sus nombres no para el insulto o la venganza sino para inaugurar un nuevo vínculo para la paz.

La vara que el Maestro nos propone es alta. Con esta invitación, Jesús quiere clausurar para siempre la práctica tan corriente -de ayer y de hoy- de ser cristianos y vivir bajo la ley del talión.» *(Homilía de S.S. Francisco, 6 de septiembre de 2019).*

Meditación

Aquí se muestra que el amor no es meramente un sentimiento bonito. El amor es muchas veces amargo, pues requiere desear el bien a aquellos que no nos quieren. ¡Qué difícil es aceptar a aquellos que hablan mal de nosotros a nuestras espaldas! ¡Qué difícil es desear la felicidad a los que nos han querido mal, nos han burlado, ignorado, humillado!

Es muy difícil, y es propio de la naturaleza, huir del dolor, acercarse a lo que nos consuela. Pero la lógica de Jesús es diferente. Nuestro espíritu está hecho para alturas mayores, no para reacciones propias de los animales. Jesús nos enseña que con su amor podemos amar a quien nos persigue. Y no hace falta sentir mariposas por nuestro enemigo, lo importante es mirarle con los ojos amorosos de Dios del mismo modo que cada uno lo ha experimentado en su propia carne pecadora.

Siempre podremos justificar nuestro odio, nuestro enfado. Pero Jesús es el primero que nos ha perdonado y quiere que seamos canales de su misericordia para con sus hijos extraviados que en el mundo difunden el odio. San Juan de la Cruz dice que pongamos amor donde no hay amor, y que encontraremos amor.

Amar sin esperar nada a cambio es una locura, pero esta es nuestra fe. Creemos que el Sagrado Corazón de Jesús ama a cada uno sin miedo a ser correspondido con odio, y así nos conquista, y así queremos que ame a través de nosotros

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre.

Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.

Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 24 DE FEBRERO DE 2025

Ayuda mi débil fe

Oración introductoria

Señor Jesús, hoy quiero encontrarme contigo. Creo en ti, pero ayúdame a creer con firmeza para que esta oración no sean palabras que se lleve el viento, sino un encuentro contigo como con mis amigos.

Tú siempre estás conmigo y quiero agradecerte pasando este momento junto a ti.

Petición

Aquí estoy para escucharte. Alimenta mi espíritu de fe, de confianza, de atención, para responderte con amor, eficacia y prontitud.

Comienzo del libro del Eclesiástico (Ecles. 1, 1-10b)

Toda sabiduría viene del Señor y está con él eternamente. La arena de los mares, las gotas de la lluvia y los días del mundo, ¿quién los contará? La altura de los cielos, la anchura de la tierra y la profundidad del abismo, ¿quién las escrutará? ¿Quién ha escrutado la sabiduría de Dios, que es anterior a todo? Antes que todo fue creada la sabiduría, y la inteligencia prudente desde la eternidad. La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios en las alturas y sus canales son mandamientos eternos. La raíz de la sabiduría, ¿a quién fue revelada? y sus recursos, ¿quién la conoció? La ciencia de la sabiduría, ¿a quién fue revelada? y su mucha experiencia, ¿quién la conocía? Uno solo es sabio, temible en extremo: el que está sentado en su trono. El Señor mismo creó la sabiduría, la vio, la midió y la derramó sobre todas sus obras. Se la concedió a todos los vivientes y se la regaló a quienes lo aman.

Salmo (Sal 92, 1ab. 1c-2. 5)

El Señor reina, vestido de majestad.

El Señor reina, vestido de majestad; el Señor, vestido y ceñido de poder. R.

Así está firme el orbe y no vacila. Tu trono está firme desde siempre, y tú eres eterno. R.

Tus mandatos son fieles y seguros; la santidad es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 9, 14-29)

En aquel tiempo, Jesús y los tres discípulos bajaron del monte y volvieron a donde estaban los demás discípulos, vieron mucha gente alrededor, y a unos escribas discutiendo con ellos. Al ver a Jesús, la gente se sorprendió, y corrió a saludarlo. Él les preguntó: «¿De qué discutís?». Uno de la gente le contestó: «Maestro, te he traído a mi hijo; tiene un espíritu que no le deja hablar y, cuando lo agarra, lo tira al suelo, echa espumarajos, rechina los dientes y se queda rígido. He pedido a tus discípulos que lo echen, no han sido capaces». Él, tomando la palabra, les dice: «¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédmelo». Se lo llevaron. El espíritu, en cuanto vio a Jesús, retorció al niño; este cayó por tierra y se revolcaba echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: «¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?». Contestó él: «Desde pequeño. Y muchas veces hasta lo ha echado al fuego y al agua, para acabar con él. Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos». Jesús replicó: «¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe». Entonces el padre del muchacho gritó: «Creo, pero ayuda a mi falta de fe». Jesús, al ver que acudía gente, increpó al espíritu inmundo, diciendo: «Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar en él». Gritando y sacudiéndolo violentamente, salió. El niño se quedó como un cadáver, de modo que muchos decían que estaba muerto. Pero Jesús lo levantó, cogiéndolo de la mano, y el niño se puso en pie. Al entrar en casa, sus discípulos le preguntaron a solas: «¿Por qué no pudimos echarlo

nosotros?». Él les respondió: «Esta especie solo puede salir con oración».

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica

§ 160-165

«Creo, pero aumenta mi fe»

Características de la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza. «Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados en conciencia, pero no coaccionados [...]

Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús» (Concilio Vaticano II, 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie...

La necesidad de la fe. Creer en Cristo Jesús y en Aquel que lo envió para salvarnos es necesario para obtener esa salvación (cf. Mc 16,16; Jn 3,36; 6,40 e.a.) ...

La perseverancia en la fe. La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; san Pablo advierte de ello a Timoteo: «Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe» (1 Tm 1,18-19).

Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que nos la aumente (cf. Mc 9,24; Lc 17,5; 22,32); debe «actuar por la caridad» (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rm 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Nosotros somos cristianos, católicos, vamos a Misa, rezamos... Parece todo en orden. Sí, tenemos nuestros defectos, nuestros pequeños pecados, pero parece que todo está en orden. Y el demonio se hace “el educado”: va, ve, busca a una linda pandilla de amigos, llama a la puerta – ‘Permiso, ¿puedo entrar?’ – toca el timbre.

Y estos demonios educados son peores que los primeros, porque no te das cuenta y los tienes en casa. Éste es el espíritu mundano, el espíritu del mundo. El demonio o destruye directamente con los vicios, con las guerras, con las injusticias directamente, o destruye educadamente, diplomáticamente, así como dice Jesús.

No hacen ruido, se hacen amigos, te persuaden – ‘No, vete, no hagas tanto, no, pero... hasta aquí está bien’ – y te llevan por el camino de la mediocridad, te vuelven un ‘tibio’ en el camino de la mundanidad». *(S.S. Francisco, Homilía del 12 de octubre de 2018).*

Meditación

Los discípulos no pueden expulsar al demonio porque les falta fe. Jesús no está con ellos, sino bajando de la montaña. La gente esperaba encontrar a Jesús. Al no estar Él, sus discípulos intentan expulsar al demonio, generando problemas. Hoy, Jesús, igual que hace dos mil años, no está físicamente, y nos falta fe para verlo en nuestra vida diaria y realizar sus obras.

Pero con fe, la oración se convierte en un lugar de encuentro con Él y en fuente de incontables gracias, el sacrificio se vuelve purificación para presentarnos limpios ante Él. Con fe, vemos en los demás a nuestros hermanos peregrinando hacia el Cielo. Con fe, hasta los demonios se someten en su Nombre.

Oración final

La ley de Yahvé es perfecta, hace revivir;
el dictamen de Yahvé es veraz,
instruye al ingenuo. (Sal 19,8)

MARTES, 25 DE FEBRERO DE 2025

El secreto para ser el mejor

Oración introductoria

Comienzo este momento de oración recogiendo mis pensamientos, mi imaginación y preocupaciones y las abandono en ti.

Descanso en tu misericordia y en tu mirada para dedicarme solo a ti y me dispongo con fe a escuchar tu palabra.

Petición

Señor y Padre mío, dame la inocencia de un niño que confía plenamente en su padre.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 2, 1-11)

Hijo, si te acercas a servir al Señor, permanece firme en la justicia y en el temor y prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes para que al final seas enaltecido. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo y sé paciente en la adversidad y en la humillación. Porque en el fuego se prueba el oro, y los que agradan a Dios en el horno de

la humillación. Confía en Dios y él te ayudará, endereza tus caminos y espera en él. Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia y no os desviéis, no sea que caigáis. Los que teméis al Señor, confiad en él, y no se retrasará vuestra recompensa. los que teméis al Señor, esperad bienes, gozo eterno y misericordia. Los que teméis al Señor, amadlo, y vuestros corazones. se llenarán de luz. Fijaos en las generaciones antiguas y ved: ¿Quién confió en el Señor y quedó defraudado?, o ¿quién perseveró en su temor y fue abandonado?, o ¿quién lo invocó y fue desatendido? Porque el Señor es compasivo y misericordioso, perdona los pecados y salva en tiempo de desgracia, protege a aquellos que lo buscan sinceramente.

Salmo (Sal 36, 3-4. 18-19. 27-28. 39-40)

Encomienda tu camino al Señor, y él actuará.

Confía en el Señor y haz el bien, habita tu tierra y practica la lealtad; sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón. R.

El Señor vela por los días de los buenos, y su herencia durará siempre; no se agostarán en tiempo de sequía, en tiempo de hambre se saciarán. R.

Apártate del mal y haz el bien, y siempre tendrás una casa; porque el Señor ama la justicia y no abandona a sus fieles. Los inicuos son exterminados, la estirpe de los malvados se extinguirá. R.

El Señor es quien salva a los justos, él es su alcázar en el peligro; el Señor los protege y los libra, los libra de los malvados y los salva porque se acogen a él. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 9, 30-37)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará». Pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y, una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón para la consagración de un obispo, Guelferbytanus n°32; PLS 2, 637

El obispo, como todo cristiano, “servidor de todos”

Aquel que gobierna al pueblo debe entender ante todo que él es el servidor de todos. No debe desdeñar su servicio... ya que el Señor de los Señores (1Tim 6,15) nunca desdeñó ponerse a nuestro servicio.

Esta impureza de la carne que se vislumbra entre los discípulos de Cristo como un deseo de grandeza; el humo del orgullo que les nublabla la vista. De hecho, podemos leer: “Una disputa surge entre ellos para saber quién era el más grande” (Lucas 22,24). Pero el Señor sanador estaba ahí; él reprimió sus ínfulas... Él les mostró el ejemplo

de humildad en un niño... Porque el orgullo es un gran mal, el primer mal, el origen de todo pecado...

Por ello el apóstol Pablo recomienda, entre otras virtudes de los responsables de la Iglesia, la humildad (1Timoteo 3,6) ... Cuando el Señor hablaba del ejemplo del niño: “El que quiera ser el más grande entre vosotros, que sea vuestro servidor” (Mateo 20,26) ... Les hablo como obispo y mis advertencias me dan miedo a mí mismo... Cristo vino a la tierra “no para ser servido, sino para servir, y dar su vida para saldar la deuda de una multitud” (Marcos 10,45).

Así fue como él sirvió, así es el tipo de servidor que nos ordena ser. Él dio su vida, él nos redimió. ¿Quién entre nosotros puede redimir a alguien más? Nos redimió de la muerte con su muerte, con su sangre. A nosotros que estábamos dispersos por la tierra, él nos levantó con su humildad. Pero nosotros también debemos poner de nuestra parte para sus miembros, porque nosotros fuimos hechos sus miembros. Él es la cabeza, nosotros el cuerpo (Efesios 1,22). Y el apóstol Juan nos exhorta a imitarlo: “Cristo dio su vida por nosotros; nosotros también debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos” (1Juan 3,16).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Si quieres ser el primero, tienes que ir al final de la fila, ser el último y servir a todos. Con esta frase lapidaria, el Señor inaugura una inversión: da un vuelco a los criterios que marcan lo que realmente cuenta. El valor de una persona ya no depende del papel que desempeña, del éxito que tiene, del trabajo que hace, del dinero que tiene en el banco; no, no depende de eso; la grandeza y el éxito, a los ojos de Dios, tienen otro rasero: se miden por el servicio. No por lo que se tiene, sino por lo que se da. ¿Quieres sobresalir? Sirve. Este es el camino». *(S.S. Francisco, Ángelus del 19 de septiembre de 2021).*

Meditación

Me llama la atención en este pasaje donde Tú vienes anunciando tu próxima pasión y los discípulos vienen discutiendo sobre quién es el más importante. Les hablabas de lo íntimo de tu corazón y ellos no conseguían entender, quizá porque habían visto tu gloria en el tabor o se deslumbraban ante tus milagros. ¿Será que yo también evado tu voz cuando me hablas de la cruz? ¿Cómo acojo yo tu palabra cuando no coincide con mis planes?

Tú sales al paso de sus miedos y dudas. Pasas por alto su incomprensión y les formas con paciencia. Me pregunto: ¿sé confiarte mis miedos y dudas cuando no entiendo lo que permites en mi vida? ¿A quién recurro si no? ¿Creo en los momentos de duda y actúo a pesar del miedo?

Los discípulos querían ser los primeros en todo, buscaban un lugar de privilegio y ser tenidos en cuenta más que los demás. Es una tendencia muy humana que ha logrado entrar en mí también. El deseo de figurar, de lucir, de ser tenido en cuenta, de ser honrado...se disfrazaba y me nubla mis buenos propósitos de servir a todos.

Cuando me pones el paradigma de ser el último para ser el primero y de servir para reinar, entiendo el secreto de la grandeza y me pongo en camino para tomarme en serio la virtud del servicio para ser agradable al Padre. Dame tu gracia.

Oración final

Acepta con agrado mis palabras,
el susurro de mi corazón, sin tregua ante ti,
Yahvé, Roca mía, mi redentor. (Sal 19,15)

Oración introductoria

Señor Jesús, me pongo en tu presencia en este día, quiero decirte que te amo, a pesar de todos mis errores y debilidades, quiero amarte, quiero entregarme a ti; y con fe sé que tú quieres también recibir mi amor.

Ayúdame en este día, para que pueda seguirte más de cerca, y no permitas que me separe de ti.

Petición

Tomado de tu mano, concédeme hacer una verdadera oración.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 4, 1-19)

La sabiduría educa a sus hijos y se cuida de los que la buscan. El que ama, ama la vida, y los que madrugan por ella se llenarán de gozo. El que la adquiere heredará la gloria y dondequiera que vaya, el Señor lo bendecirá. Los que la sirven, sirven al Santo, y a los que la aman, los ama el Señor. El que la escucha, juzgará a las naciones, y el que a ella se aplica, vivirá seguro. Si confía en ella, la recibirá en herencia, y sus descendientes la tendrán en posesión. Porque el principio lo lleva por caminos tortuosos y lo escrutará con cuidado; le infunde miedo y temblor, lo atormenta con su disciplina, hasta que pueda confiar en él, y lo pone a prueba con sus exigencias. Pero luego vuelve a él por el camino recto, lo colma de alegría y le revela sus secretos, y lo enriquecerá de ciencia y de conocimiento recto. Si él se desvía a merced de su propia ruina.

Salmo (Sal 118, 165. 168. 171. 172. 174. 175)

Mucha paz tienen los que aman tu ley, Señor.

Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar. R.

Guardo tus preceptos y tus mandatos y tú tienes presentes mis caminos. R.

De mis labios brota la alabanza, porque me enseñaste tus decretos. R.

Mi lengua canta tu promesa, porque todos tus preceptos son justos. R.

Ansío tu salvación, Señor; tu ley es mi delicia. R.

Que mi alma viva para alabarte, que tus mandamientos me auxilién. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 9, 38-40)

En aquel tiempo, Juan dijo a Jesús: «Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros». Jesús respondió: «No se lo impedáis, porque quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro».

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Constitución dogmática sobre la Iglesia "Lumen gentium", §16 (trad. © Libreria Editrice Vaticana)

¿Acaso van con nosotros?

Por último, quienes todavía no recibieron el Evangelio, se ordenan al Pueblo de Dios de diversas maneras. En primer lugar, aquel pueblo que recibió los testamentos y las promesas y del que Cristo nació según la carne (cf. Rm 9,4-5). Por causa de los padres es un pueblo amadísimo en razón de la elección, pues Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación (cf. Rm 11, 28-29). Pero el designio de salvación abarca también a los que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar los musulmanes, que, confesando adherirse a la fe de Abraham, adoran con nosotros a un Dios único, misericordioso, que juzgará a los hombres en el día postrero.

Ni el mismo Dios está lejos de otros que buscan en sombras e imágenes al Dios desconocido, puesto que todos reciben de Él la vida, la inspiración y todas las cosas (cf. Hch 17,25-28), y el Salvador quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tm 2,4). Pues quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna.

Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios. Cuánto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan la vida.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La gran libertad de Dios al donarse a nosotros constituye un desafío y una exhortación a modificar nuestras actitudes y nuestras relaciones. Es la invitación que nos dirige Jesús hoy. Él nos llama a no pensar según las categorías de “amigo/enemigo”, “nosotros/ellos”, “quien está dentro/quien está fuera”, “mío/tuyo”, sino para ir más allá, a abrir el corazón para poder reconocer su presencia y la acción de Dios también en ambientes insólitos e imprevisibles y en personas que forman parte de nuestro círculo». *(S.S. Francisco, Homilía del 30 de septiembre de 2018).*

Meditación

El Evangelio de hoy nos muestra una actitud común en todos los seres humanos, esto es el distinguir. Distinguir quienes son nuestros amigos, quienes pertenecen a nuestro círculo social, quien pertenece a esto o aquello. Distinguir es una capacidad del ser humano, la cual es elemental para diferenciar entre lo bueno y lo malo, o entre lo bueno y lo que es mejor.

Distinguir es ese sentido es algo bueno. Sin embargo, entre los discípulos de Cristo no hay distinción. En la gran barca que es la Iglesia, Jesús nos invita a eliminar las categorías que nos hacen adueñarnos de las cosas divinas. Nosotros, por el hecho de seguir a Cristo, no somos dueños de la Verdad, ni tampoco la Iglesia es dueña de los Sacramentos. En cambio, nosotros, discípulos, proclamamos la verdad, y la Iglesia administra los Sacramentos.

Así, el riesgo en nuestra vida cristiana reside en formar cierto segregatismo aún dentro de la Iglesia, e imponer el modo en que nos relacionamos con Dios como el único. Todos formamos parte de la Iglesia, mientras estemos unidos a la verdad que Ella enseña, las

maneras prácticas de relacionarnos con Dios o de ejercer nuestra labor misionera puede variar. Nadie tiene el monopolio misionero. Todos juntos, como cristianos, proclamamos el nombre de Cristo.

Oración final

Bendice, alma mía, a Yahvé,
el fondo de mi ser, a su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Yahvé,
nunca olvides sus beneficios. (Sal 103,1-2)

JUEVES, 27 DE FEBRERO DE 2025
Fidelidad al Maestro

Oración introductoria

Señor Jesús vengo ante ti para que renueves mi corazón.
Mantenlo en tu llama viva de amor.

Que tu misericordia sostenga mi fe. Dame la gracia de que,
renovando mi amor por ti pueda acercarme a dialogar contigo y
poder compartir estos momentos de amistad profunda.

Petición

Dejo aquí, a los pies de tu cruz, todo lo que soy; sólo quiero estar
aquí amando y dejándome amar.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 5, 1-8)

No confíes en tus riquezas, ni digas: «Con esto me basta». No sigas tu instinto y tu fuerza, secundando las pasiones de tu corazón. Y no digas: «¿Quién puede dominarme?», o bien: «¿Quién logrará someterme por lo que he hecho?», porque el Señor ciertamente te castigará. No digas: «He pecado, y ¿qué me ha pasado?», porque el Señor sabe esperar. Del perdón no te sientas tan seguro, mientras acumulas pecado tras pecado. Y no digas: «Es grande su compasión, me perdonará mis muchos pecados», porque él tiene compasión y cólera, y su ira recae sobre los malvados. No tardes en convertirte al Señor, ni lo dejes de un día para otro, porque de repente la ira del Señor se enciende, y el día del castigo perecerás. No confíes en riquezas injustas, porque de nada te servirán el día de la desgracia.

Salmo (Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6)

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. R.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. R.

No así los impíos, no así; serán paja que arrebatara el viento. Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 9, 41-50)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El que os dé a beber un vaso de agua porque sois de Cristo, en verdad os digo que no se quedará sin recompensa. El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te induce a pecar, córtatela: más te vale entrar manco en la vida, que ir con las dos manos al infierno, al fuego que no se apaga. Y, si tu pie te induce a pecar, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida, que ser echado con los dos pies a la “gehenna”. Y, si tu ojo te induce a pecar, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que ser echado con los dos ojos a la “gehenna”, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga. Todos serán salados a fuego. Buena es la sal; pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salaréis? Tened sal entre vosotros y vivid en paz unos con otros».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Sermón sobre el demonio tentador; PG 49, 263-264*

Los caminos para entrar en la vida eterna

¿Queréis que os indique los caminos de la conversión? Son numerosos, variados y diferentes, pero todos conducen al cielo. El primer camino de la conversión es aborrecer nuestros pecados. “Empieza tú a confesar tus pecados para ser justo” (Is 43,26). Esto porque dice el profeta: “Me dije: -confesaré al Señor mis culpas. - Y tú perdonaste mi falta y mi pecado” (Sal 31,5).

Condena tú mismo las faltas que has cometido y esto bastará para que el Maestro te escuche. El que condena sus pecados irá con más cuidado para no recaer en ellos...

Hay un segundo camino que no es inferior al primero y es: no guardar rencor a nuestros enemigos, dominar nuestra cólera para perdonar las ofensas que nos infligen nuestros compañeros de servicio, porque así obtendremos el perdón de las ofensas contra el Maestro. Es la segunda manera de obtener la purificación de nuestras faltas. “Si perdonáis a vuestros deudores, dice el Señor, mi Padre que está en el cielo perdonará también vuestras faltas” (Mt 6,14).

¿Quieres conocer el tercer camino de la conversión? ES la oración ferviente y atenta desde el fondo del corazón... El cuarto camino es la limosna. Tiene un poder considerable e indecible... Luego, la modestia y la humildad no son medios menores para destruir el pecado desde la raíz. Tenemos como testimonio de ello el publicano que no podía proclamar su buenas acciones, sino que en su lugar ofreció su humildad y depositó ante el Señor el pesado fardo de sus faltas (Lc 18,9ss).

Acabamos de indicar cinco caminos hacia la conversión... ¡No te quedes inactivo, sino que cada día avanza por estos caminos! Son fáciles, y a pesar de tus miserias puedes ir por ellos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La sal es el elemento que da sabor y conserva y preserva los alimentos de la corrupción. Por lo tanto, el discípulo está llamado a mantener alejados de la sociedad los peligros, los gérmenes corrosivos que contaminan la vida de las personas.

Se trata de resistir a la degradación moral y el pecado, dando testimonio de los valores de honestidad y fraternidad, sin ceder a los halagos mundanos del arribismo, el poder y la riqueza. Es “sal” el discípulo que, a pesar de los fracasos diarios -porque todos los tenemos-, se levanta del polvo de sus propios errores, comenzando de nuevo con coraje y paciencia, cada día, para buscar el diálogo y el encuentro con los demás.

Es “sal” el discípulo que no busca el consentimiento y la alabanza, sino que se esfuerza por ser una presencia humilde y constructiva, en fidelidad a las enseñanzas de Jesús que vino al mundo no para ser servido, sino para servir. ¡Y hay mucha necesidad de esta actitud!». *(S.S. Francisco, Ángelus del 9 de febrero de 2020).*

Meditación

El Señor nos pide ser sal. Lo salado da sabor a aquello que es insípido. Cada vez que nos acercamos a Cristo le podemos pedir esa misma gracia de ser siempre sal y luz del mundo. Muchas veces pensamos que basta con ser buenos, cumplir los mandamientos y de vez en cuando orar y hacer actos de caridad, pero no es así.

Cuando nos esforzamos por vivir las enseñanzas del Señor es necesario poner en práctica cada una de las enseñanzas del Evangelio. No puedo ser seguidor de Cristo solo por momentos. No puedo seguir a Cristo solo cuando se siente bonito, cuando me parece bien o cuando solo por las propias fuerzas me lo propongo. Para poder vivir el Evangelio de Cristo la primera y gran condición es pedirle la gracia a Jesús de la fidelidad a su Palabra, así como se lo dijo a San Pablo: “Te basta mi gracia” (2Cor12,9).

Es Cristo quien realmente nos mantiene fuertes en nuestras luchas porque con Él somos capaces de vencer la tentación y el pecado en

nuestra vida. Cada día podemos pedir con mucha más humildad y con mucha más devoción la gracia de la fidelidad. Las huellas del Maestro solo se siguen cuando, con su ayuda, caminamos de su mano con fidelidad.

Oración final

El Señor, que tus culpas perdona,
que cura todas tus dolencias,
rescata tu vida de la fosa,
te corona de amor y ternura. (Sal 103,3-4)

VIERNES, 28 DE FEBRERO DE 2025

Permanezcan en mi amor

Oración introductoria

El Señor nos ha dicho, Como el Padre me ha amado, así yo también los he amado yo; si me aman, guardarán mis mandamientos.

Quien me ama, guardará mi palabra, a ese mi Padre lo amaré, vendremos a él y moraremos en él.

Petición

Ilumina mi mente, alma y corazón para poder entender que el amor es donación, identificación, entrega y diálogo.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 6, 5-17)

Una palabra amable multiplica los amigos, y aleja a los enemigos, y la lengua afable multiplica los saludos. Sean muchos los que estén en paz contigo, pero tus confidentes, solo uno entre mil. Si haces un amigo, ponlo a prueba, y no tengas prisa en confiarte a él. Porque hay amigos de ocasión, que no resisten en día de la desgracia. Hay amigos que se convierten en enemigo y te avergüenzan descubriendo tus litigios. Hay amigos que comparten tu mesa y no resisten en el día de la desgracia. Cuando las cosas van bien, es como otro tú, e incluso habla libremente con tus familiares. Pero si eres humillado, se pone contra ti y se esconde de tu presencia. Apártate de tus enemigos y sé cauto incluso con tus amigos. Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro. Un amigo fiel no tiene precio y su valor es incalculable. Un amigo fiel es medicina de vida, y los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme al Señor afianza su amistad, porque, según sea él, así será su amigo.

Salmo (Sal 118, 12. 16. 18. 27. 34. 35)

Guíame, Señor, por la senda de tus mandatos.

Bendito eres, Señor, enséñame tus decretos. R.

Tus decretos son mi delicia, no olvidaré tus palabras. R.

Ábreme los ojos, y contemplaré las maravillas de tu voluntad. R.
Instrúyeme en el camino de tus mandatos, y meditaré tus maravillas.
R.

Enseñame a cumplir tu ley y a guardarla de todo corazón. R.

Guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 10, 1-12)

En aquel tiempo, Jesús se marchó a Judea y a Transjordania; otra vez se le fue reuniendo gente por el camino, y según su costumbre les enseñaba. Acercándose unos fariseos, le preguntaron para ponerlo a prueba: «¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?». Él les replicó: «¿Qué os ha mandado Moisés?». Contestaron: «Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla». Jesús les dijo: «Por la dureza de vuestro corazón dejó escrito Moisés este precepto. Pero al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo: «Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Homilía para la apertura del Sínodo sobre la Familia, 26/09/1980, §5 y 7

“Los dos serán una sola carne”

Cuando Cristo, antes de su muerte, en el umbral de su misterio pascual, ora al Padre diciendo: “Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me has dado para que sean uno, como tú y yo somos uno” (Jn 17,11), pedía también, quizás de un modo privilegiado, por la unidad de los matrimonios y de las familias.

Ora por la unidad de sus discípulos, por la unidad de la Iglesia. Ahora bien, el misterio de la Iglesia es comparado por San Pablo al matrimonio. (Ef 5,32)

La Iglesia, por tanto, no sólo coloca el matrimonio y la familia en un lugar especial dentro de sus afanes, sino que, en cierto modo, considera también el matrimonio como preclara imagen suya. Colmada del amor de Cristo-Esposo, que nos amó "hasta el extremo", la Iglesia mira hacia los esposos, que se juran amor hasta la muerte, y considera como tarea suya peculiar salvaguardar este amor, esta fidelidad y esta honestidad y todos los bienes que nacen de ahí para la persona humana y para la sociedad.

Es precisamente la familia la que da la vida a la sociedad. Es en ella donde, a través de la obra de la educación, se forma la estructura misma de la humanidad, de cada hombre sobre la tierra.

He aquí lo que dice, en el Evangelio de hoy, el Hijo al Padre: "Yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos ahora las recibieron... y creyeron que tú me has enviado...; todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío" (Jn 17, 8-10). ¿No resuena, en el corazón de las generaciones, el eco de este diálogo? ¿No constituyen estas palabras algo así como la historia viva de cada una de las familias y, a través de la familia, de cada hombre?... "Yo ruego por ellos..., por los que tú me diste; porque son tuyos" (Jn 17, 9).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esto es muy importante, no debemos tener miedo a la crisis. La crisis nos ayuda a crecer y lo que tenemos que cuidar es no caer en el conflicto, porque cuando caes en el conflicto cierras tu corazón y no hay solución al conflicto o casi no hay solución; en cambio, la crisis te hace bailar un poco, te hace sentir lo malo a veces, pero puedes salir

de la crisis, siempre y cuando salgas mejor. No podemos salir igual: o salimos mejor o peor. Esto es importante. Y es difícil salir de la crisis solo, todos debemos salir siempre en crisis». (S.S. Francisco, sábado 6 de noviembre, en el Aula Pablo VI.).

Meditación

Tal vez la mayor dificultad de nuestros días es la de delegar la dinámica del amor a la ley humana. Inevitablemente juzgamos el amor con criterios demasiado humanos y que deshumanizan a las personas, entonces el amor se basa en los beneficios, en las ganancias, en cuánto nos aprovecha tal o cual relación, como si se tratase de un negocio, una inversión de la cual nos podemos retirar en el momento en el que se asome el riesgo de una posible pérdida. Esto no es amor, es tráfico.

El verdadero amor humano es divino. El amor del Padre, divino, trascendente, infinito, llega a nosotros por medio de su Hijo, verdadero Dios y hombre, humano, concreto, finito, pero que ha logrado comunicarnos un amor eterno, que no piensa a título personal, pues el amor del Padre triunfa cuando el ser humano triunfa sobre el egoísmo e individualismo. El amor divino humaniza nuestros corazones y nos dota de una nueva lógica, la del don de nosotros mismos en beneficio de la persona que amamos.

Oración final

Yahvé es clemente y compasivo,
lento a la cólera y lleno de amor;
no se querella eternamente,
ni para siempre guarda rencor. (Sal 103,8-9)

Oración introductoria

Señor estoy aquí en un nuevo día, quiero tener un momento contigo para platicar, para decirte lo que hay en mi corazón, pero sobre todo para escucharte.

Regálame en estos momentos y durante toda mi vida la gracia de escucharte como un niño escucha a su padre, atento y admirado.

Petición

Señor, que nunca desconfíe de tu amor.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 17,1-13)

EL Señor creó al ser humano de la tierra, y a ella lo hará volver de nuevo. Concedió a los humanos días contados y un tiempo fijo, y les dio autoridad sobre cuanto hay en la tierra. Los revistió de una fuerza como la suya y los hizo a su propia imagen. Hizo que todo ser viviente los temiese, para que dominaran sobre fieras y aves. Discernimiento, lengua y ojos, oídos y corazón les dio para pensar. Los llenó de ciencia y entendimiento, y les enseñó el bien y el mal. Puso su mirada en sus corazones, para mostrarles la grandeza de sus obras, y les concedió gloriarse por siempre de sus maravillas. Por eso alabarán su santo nombre, para contar la grandeza de sus obras. Puso delante de ellos la ciencia, y les dejó en herencia una ley de vida. Estableció con ellos una alianza eterna, y les enseñó sus decretos. Sus ojos vieron la grandeza de su gloria y sus oídos oyeron su voz gloriosa. Les dijo: «Guardaos de toda iniquidad», y les dio a cada uno preceptos acerca

del prójimo. La conducta humana está siempre ante Dios, no puede ocultarse a sus ojos.

Salmo (Sal 102,13-14.15-16.17-18ª)

La misericordia del Señor dura siempre, para los que cumplen sus mandatos.

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro. R.

Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como flor del campo, que el viento la roza, y ya no existe, su terreno no volverá a verla. R.

Pero la misericordia del Señor dura desde siempre y por siempre, para aquellos que lo temen; su justicia pasa de hijos a nietos: para los que guardan la alianza. R.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (10,13-16)

En aquel tiempo, le acercaban a Jesús niños para que los tocara, pero los discípulos los regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impedáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él». Y tomándolos en brazos los bendecía imponiéndoles las manos.

Releemos el evangelio

Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897)

carmelita descalza, doctora de la Iglesia

Manuscrito Autobiográfico C, 2 vº-3 rº

“Dejad que los niños se acerquen a mí”

Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo.

Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente. Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de Sabiduría eterna: El que sea pequeñito, que venga a mí (Pr 9,4).

Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el que pequeñito que responda a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré (Is 66,13). Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma ¡El ascensor

que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más. Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias (Sal. 88,2 Vulg).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Dejémonos interpelar por el Niño en el pesebre, pero dejémonos interpelar también por los niños que, hoy, no están recostados en una cuna ni acariciados por el afecto de una madre ni de un padre, sino que yacen en los escuálidos “pesebres donde se devora su dignidad”: en el refugio subterráneo para escapar de los bombardeos, sobre las aceras de una gran ciudad, en el fondo de una barcaza repleta de emigrantes.

Dejémonos interpelar por los niños a los que no se les deja nacer, por los que lloran porque nadie les sacia su hambre, por los que no tienen en sus manos juguetes, sino armas». (*S.S. Francisco, Homilía del 25 de diciembre de 2016*).

Meditación

La infancia espiritual, ¿cuántas veces hemos escuchado esta expresión? ¿cuántos santos no sólo hablan de esto, sino que son ejemplo vivo, transmiten con obras su niñez de corazón? Qué importancia y protección les da Jesús a los niños, ¿por qué? Justamente por su sencillez, por su alegría, por su espontaneidad, por su inocencia, su pureza. No sólo en los momentos de felicidad sino en cualquier circunstancia de la vida.

Esta es la invitación que hoy Jesús nos quiere hacer, estamos muy cerca de iniciar la Cuaresma, de preparar nuestro corazón para acompañar a Jesús en el sufrimiento de su pasión y muerte. Y qué

mejor que caminar junto a Él como niños, con un corazón que no guarda rencor, que no desea el mal, con un corazón que se conmueve ante el sufrimiento del otro y sólo busca el abrazo y consuelo de su madre. Eso es realmente lo que Jesús quiere de nosotros. Él no busca grandes logros, obras enormes, Él lo que quiere es un corazón sencillo, que se admire de lo que Él va obrando.

Podemos tener muchas imágenes de niños, pero a la que hoy Jesús nos quiere llevar es esa imagen del padre o madre que carga a su hijo, y el niño duerme en sus brazos. Busquemos que nuestra amistad con Dios Padre sea justamente la de un hijo amado. Aprendamos de Jesús a ser hijos. Y dejemos que el Espíritu Santo nos ilumine por el camino de la sencillez y pureza.

Oración final

Te invoco, Yahvé, ven presto,
escucha mi voz cuando te llamo.
Que mi oración sea como incienso para ti,
mis manos alzadas, como ofrenda de la tarde. (Sal 141,1-2)